

Jorge Grünberg

22/11/2026, 02:50

EL PAIS+

Incumplimiento de contrato

Compartir esta noticia

2 Comentarios

Agregar El País en

Este contenido es exclusivo para nuestros suscriptores.

La educación ha ido desapareciendo de las principales preocupaciones de los uruguayos según las encuestas de opinión pública. Debe volver a ser una de nuestras prioridades.

Uruguay es un país caro, que no puede ni debe basar su competitividad en salarios bajos. Tampoco disponemos, al menos hasta el momento, de grandes reservas minerales o de combustibles fósiles que puedan constituir una ventaja decisiva para nuestro desarrollo. Nuestras bellezas naturales, la ubicación geográfica y, especialmente la estabilidad política y social, constituyen activos valiosos.

Sin embargo, existe un techo a lo que podemos crecer ofreciendo estabilidad institucional e incentivos fiscales para atraer inversiones. Son instrumentos importantes, pero insuficientes para construir una economía más sofisticada, innovadora y competitiva.

A ello se agrega nuestra realidad demográfica. Somos un país con una población pequeña y una natalidad en descenso. Por lo tanto, necesitamos compensar las limitaciones de cantidad con una mejora sustancial de la calidad de nuestros talentos. En un mundo en el que el conocimiento adquiere cada vez mayor importancia, nuestra principal palanca de desarrollo debe ser nuestra reserva cognitiva. Es decir, la cantidad de personas con conocimientos efectivos, capacidades avanzadas y posibilidades de aprendizaje permanente.

Necesitamos formar uruguayos capaces de utilizar inteligentemente las nuevas tecnologías, adaptarse a sus cambios, y desarrollar productos y servicios con alto valor agregado. De ello dependerán nuestras posibilidades de atraer inversiones más sofisticadas, crear nuevos emprendimientos y competir internacionalmente.

Desde el retorno a la democracia se fue construyendo un contrato social. La sociedad asumió el compromiso de destinar recursos crecientes a la educación, con el objetivo de que cada vez más uruguayos pudieran acceder a una formación de alta calidad. A cambio, tiene derecho a exigir resultados acordes con ese esfuerzo.

Un reciente informe del Fondo Monetario Internacional aporta elementos importantes para evaluar el cumplimiento de ese contrato. Según el organismo, el gasto público en educación pasó del 3% del Producto Interno Bruto en 2005 al 4,8% en 2023. Es un aumento muy importante, plenamente justificado por las necesidades del país. Sin embargo, los resultados educativos no acompañaron ese esfuerzo presupuestal.

Existen distintas dimensiones para medir el rendimiento educativo: cobertura, tasas de egreso, aprendizajes efectivos y equidad entre otros. En Uruguay se han registrado avances importantes en algunas de ellas.

Por ejemplo, según la Encuesta Continua de Hogares, la proporción de jóvenes de 21 y 22 años que completaron la educación media superior pasó del 32% en 2006 al 52% en 2023. Es un avance, pero significa que todavía una proporción muy importante de cada generación no termina el bachillerato.

Pero si aspiramos a un salto en el desarrollo de nuestro país, debemos concentrarnos especialmente en los resultados de aprendizaje. No alcanza con que más jóvenes completen sus estudios. Necesitamos saber qué conocimientos y competencias adquirieron.

Para ello contamos con dos instrumentos importantes: las pruebas internacionales PISA y las pruebas nacionales Aristas, son evaluaciones diferentes que ofrecen información complementaria. Ambas muestran dificultades persistentes en los aprendizajes de lectura y matemática, y brechas enormes con países con los cuales tenemos que compararnos si queremos pasar a otro nivel de desarrollo.

Si analizamos en ambas pruebas los resultados de excelencia, es decir, el porcentaje de estudiantes que obtuvo las mejores calificaciones, encontramos nuestras severas deficiencias. En la evaluación PISA de 2025, menos del 2% de los estudiantes uruguayos alcanzó resultados con niveles de excelencia (niveles 5 y 6 en lectura y matemática).

La distancia con los países que deberían constituir nuestras referencias de desarrollo es enorme. En matemática, por ejemplo, el 37% de los estudiantes de Singapur, el 23% de los de Corea del Sur, el 11% de Nueva Zelanda alcanzaron los niveles más altos de desempeño, frente al 2% de Uruguay.

Las pruebas Aristas confirman la importancia del problema desde una perspectiva nacional. Los resultados de 2025 muestran que menos del 5% de los alumnos alcanzaron el mayor nivel en matemática (nivel 5).
Es útil dimensionar la magnitud de nuestro problema de bajo nivel de aprendizaje. En Uruguay se gradúan de bachillerato alrededor de 20.000 jóvenes por año. Si tomamos los resultados de excelencia de PISA en lectura y matemática cuyo promedio aproximado es del 1,25%, y los extrapolamos a 6to año y aplicamos ese porcentaje a los 20.000 egresados, obtenemos una cifra de apenas 250 jóvenes por año en todo el país (de los cuales una cantidad no menor se va del país en busca de mejores oportunidades).

Por supuesto, se trata de una extrapolación, pero aún con estas limitaciones, permite ilustrar la reducida proporción de estudiantes que alcanza los niveles más avanzados de aprendizaje y la insuficiente masa crítica sobre la que construir nuestra reserva cognitiva. En un país cuya población joven probablemente disminuirá en los próximos años, no podemos permitirnos desaprovechar una proporción tan importante del talento potencial de nuestra sociedad.

Para competir en base a creatividad, innovación y emprendimiento, debemos aumentar sustancialmente nuestra reserva cognitiva.

Necesitamos volver a colocar la educación en el centro de las preocupaciones nacionales. Pero no alcanza con recuperar su prioridad política ni con continuar aumentando el gasto. Debemos encontrar mecanismos que permitan transformar efectivamente los recursos aportados por la sociedad en aprendizajes de mayor calidad y oportunidades más equitativas. Ese es el contrato que debemos cumplir.